

Carmen Martín Gaité

Irse de casa



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Carmen Martín Gaité

Irse de casa



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*Para Ángeles Solsona, mi fiel escudero en la lucha contra los
fantasmas*

Toda la historia del Universo se halla implícita en una parte de él.

ALDOUS HUXLEY,
Contrapunto

Un tapiz consta de tantos hilos que no puedo resignarme a seguir uno solo; mi enredo proviene de que una historia está hecha de muchas historias. Y no todas puedo contarlas.

CLARICE LISPECTOR,
Felicidad clandestina

PÓRTICO CON RASCACIELOS

Durante la tercera semana de agosto, descargaron sobre Manhattan varias tormentas que, al cesar de golpe, volvían más imprevisto el sesgo de una tarde ya de por sí discutible. Solía ocurrir siempre a la misma hora, poco antes de ponerse el sol. Había unos instantes de silencio, mientras los transeúntes cerraban los paraguas, y algunos con gesto incrédulo se atrevían a mirar hacia arriba. Coronando las altas paredes que encajonaban sus mudanzas, aquella bóveda ficticia se rasgaba en charcos de claridad intempestiva, y salían de la nada a chapotear en ellos manadas de bisontes azules pariéndose unos a otros a ritmo de vértigo. Sus fauces despedían volutas de aliento rojo y entrecortado, nubes de orgasmo rotas contra el agudo filo de los edificios.

–Te lo dije, que antes de terminarnos el café dejaba de llover –comentó un chico moreno de pelo rizado sentado junto a la cristalera en un restaurante de la Tercera Avenida–. ¿Te lo dije o no?

La adolescente de rasgos mulatos a quien iba dirigida la pregunta no contestó. Acababa de llegar de los servicios y se quedó apoyada en el respaldo de la silla que poco antes había abandonado. Llevaba una boina de perlé por la que asomaban dos trencitas, cazadora vaquera con muchos pins y minifalda. Calzaba botas cortas de tipo militar. No se sentó. Miraba la calle con desgana.

–¿Entonces qué? ¿Nos vamos?

–No, mujer, espera un poco. Todavía no me han traído la vuelta. Termínate el café.

Sobre la mesa, con mantel de papel, sujeto con pinzas en las esquinas, quedaba ese rastro ingrato y pringoso de las comidas rápidas. Ella se sentó, pero apartó la taza de café mediada.

–Es lo único que no trago, *brother*, tú sabes, el café de acá. Y mira que yo trago mandanga –concluyó riendo.

Hablaba en español como su compañero, pero con acento cubano. Vino el camarero, dejó unos dólares encima de un plato y se fue. Había poca gente en el local. Por la calle corrían regueros de agua que los autobuses salpicaban al pasar. Ella consultó su reloj de pulsera de tonos fluorescentes. El brazo del chico viajó rápidamente entre vasos y tazas para ocultar la esfera. Tenía una mano grande y morena, de uñas bien cuidadas.

–Regálame otro ratito, no seas tacaña.

–Llevamos juntos tres horas, chico.

–¿Se te ha hecho largo?

–Ni largo ni corto, el tiempo es como es. Pero si llego tarde al ensayo, se remonta mi hombre, ya te lo dije antes. Y ha sido boxeador. No pongas esa cara de telenovela.

–Es que todavía no me has dicho qué te parece mi proyecto. Me has oído como si no fuera contigo.

–Porque no va conmigo. Te has equivocado de chica, corazón.

–¡Eso no! –saltó él–. Tú eres la chica. Y si tuvieras ganas de volar más alto, no seguirías ni un día más en ese teatracho. Aprovecharías las oportunidades.

Ella se echó a reír. Tenía los dientes muy blancos.

–Señorita –declamó luego, llevándose una mano al pecho–, hace veinticuatro horas aún no la conocía, pero lleva usted una estrella en la frente, no he podido dormir, créame. ¡Es ella!, me decía una y otra vez, ¡es la que necesito!; por cierto, ¿cómo se llama? Se mueve usted y mira como ella, para mí su nombre es ella, con lucecitas alrededor.

En los ojos de su compañero no se había encendido la chispa de risa que bailaba en aquella mirada incitante, sino el desconcierto ante el obstáculo propio de quien está acostumbrado a subyugar sin esfuerzo. Era un hombre realmente guapo. Entre treinta y cuarenta. Barba de dos días pero a propósito.

–Me llamo Florita, caballero, se lo dije anoche –continuó ella, cambiando ahora la voz a otra más meliflua–, y también que el dueño del local donde trabajo me protege, bueno, ya usted sabe, en todos los sentidos, y a mí me gusta que me proteja. Es sabroso Norberto, pero un Otelo. Si sabe que usted me ha tomado afición, ¡oh, cielos!, nos mataría.

–¡Basta! –se irritó él–. ¿Quieres escucharme un momento en serio?

–Lo serio me aburre, chico, pero escucharte no tengo más remedio, no paras de hablar tú, ni un entreacto dejas. A tu novia le debes traer la cabeza como un molino.

–No tengo novia, ni te he tomado afición a ti. Simplemente te estoy ofreciendo una historia preciosa. Si te la quieres llevar y echarle un vistazo, bien. Y si no, no me voy a poner de rodillas.

–No hace falta. Tengo buena memoria, y me la has contado no sé cuántas veces.

–Leída la entenderás mejor. Te la puedes quedar, está guardada en mi

ordenador. No es la versión definitiva, ¿sabes? Llevo dos años trabajando en ello, y no paro de corregir, bueno, es la vida la que lo corrige.

Le estaba tendiendo una carpeta azul a través de la mesa y ella la cogió tras una vacilación. Descolgó un bolso grande del respaldo de la silla.

–Mira, no sé ni cuándo lo voy a poder leer, parece gordo para un guión –dijo, mientras trataba de meter la carpeta dentro del bolso–. Y luego que, la verdad, no me apetece. Me suena todo a cuento chino.

–Pero ¿por qué? Dame razones, aunque sea en plan telegrama –exigió al notar que ella se encogía de hombros y suspiraba.

Al fin dijo de corrido, mientras iba disparando los dedos del pulgar al meñique:

–Una, andar por las nubes para mí y mi gente es un lujo. Dos, es la primera película que vas a dirigir. Tres, no tienes claro quién te la produce, aunque digas que eso es lo de menos. Cuatro, me has tomado afición, porque se nota, y buscas un pretexto para volver a verme. Cinco, y la más importante, la historia se basa en recuerdos de tu madre, ¿no?, una especie de monólogo interior, ¿qué pinto yo en ese guiso?

–Mucho: la mediadora entre el hoy y el ayer. Se trata de dos desarraigos idénticos, de alguien que no ha asumido Nueva York y va dejando la vida entre sus calles a medida que sabe cada vez más fijo que aquellas donde pasó su infancia se le vuelven un sueño surrealista. A ella le pediremos la voz en *off* de cuando habla sola, pero la cámara te irá siguiendo a ti...

–Un momento, que yo me entere –interrumpió Florita–, ¿quieres decir que tu madre habla sola?

En su mirada limpia no había censura, ni siquiera una excesiva curiosidad, pero él se sintió incómodo.

–Bueno, sí, algunas veces, pero eso qué más da.

–Oye, no, importa mucho. Lo primero, si está sola cuando habla, ¿tú cómo te enteras de que habla sola? Es que yo antes de entrar en el cabaret trabajé de *script*, ¿sabes?, y nos pedían que nos fijáramos siempre en las incongruencias. Tendrías que meter una especie de espía invisible o algo en ese comienzo.

–Pues no es mala idea –dijo él con rostro animado–. Igual me puedes ayudar a arreglar el texto. Déjame que apunte eso del espía.

–Y además, segunda cosa –siguió ella, mientras le veía tomar notas en un bloc–: la voz no va a querer prestarla tu madre; si habla sola será porque tiene secretos, todas las madres los tienen. Y nos cuentan una verdad a medias. Sabemos muy poco de nuestras madres.

–Exactamente, de eso se trata, aunque no quiero que se note.

–Pues se nota muchísimo, perdona.

–Bueno, como te decía –prosiguió él mientras guardaba el bloc–, esa voz de mujer madura que se oye en *off* funciona como una banda sonora, a veces interrumpida por otros ruidos, pero la cámara irá siguiendo tu figura por los suburbios de una ciudad rara que tratas de reconocer sin conseguirlo, exteriores en plan mutante, estética cubista, ¿has visto el cine del primer Buñuel?

–Sí –dijo ella levantándose, después de mirar nuevamente el reloj–. Pero no me gusta nada. ¡Qué tarde se me ha hecho! ¿Te vienes o te quedas? Ahora no llueve.

Echó a andar decidida, salió del local y hasta que se vio subiendo por la calle 39 no pareció mostrar el menor interés por averiguar si él la seguía. Estaba segura de que la seguía; finalmente notó que le pasaba un brazo por los hombros.

–Me gusta cómo hablas, Florita, y todo lo que no entiendo de ti. Es una pena que tengas tanta prisa –le oyó decir con una voz mansa, diferente.

Era la primera vez que la había llamado por su nombre y, aunque se sintió invadida por una súbita añoranza, no quería ceder a ese capcioso encanto de las despedidas. Se ha visto demasiado en el cine. Además, en este caso, ¿añoranza de qué? Apenas lo conocía. No habían mediado caricias. Y encima era un rollista de cuidado.

–Todo es una pena, chico –contestó sin mirarle ni aflojar su ritmo–. Pero hay demasiados charcos para ponerse a llorar, ya tú ves, se formaría una catarata.

Llegaron a Lexington y cruzaron corriendo a la acera de los impares. Un leve resplandor de poniente daba un aire de inverosimilitud a las figuras movedizas de ropas empapadas, las congelaba como salidas de un susto. El chico se apoyó contra la pared.

–Párate un momento aquí –sugirió–. Mira para arriba. ¿Ves lo que te decía anoche cuando el chaparrón en el Village contra la luz de los anuncios, que solo duró tres minutos?

–¿Qué me decías? No me acuerdo, oye. Me has dicho tantas cosas desde anoche. Me mareo un poco mirando para arriba.

Estaban frente al Chrysler Building, cuyas escamas iban decreciendo hasta perderse de vista. En aquel momento la aguja del remate estaba inyectándole sangre a una nube anémica.

–Lo de la luz, las sorpresas que da la luz, ahora mismo me encantaría subirme en un helicóptero y filmar eso. Hay que andar alerta porque son instantes así los que sirven para tener una visión diferente de la realidad y conseguir otro

enfoque. Instantes clave en que ella misma se hace añicos y nos despista. Ahí está: precisamente cuando parece que todo es mentira, puro montaje, es cuando tienes que ponerte en guardia y atreverte.

Florita había pelado un chicle y se lo había metido en la boca. Empezó a masticarlo.

–¿Atreverte a qué?

–A salirle al paso a la naturaleza y engañarla tú. Mira esa nube, por favor, ha aparecido de repente y ya le están saliendo flecos, se deshace, adiós. Es lo que quiero captar, lo súbito, lo que no se puede captar, ¿entiendes?

–Bueno, un poco, pero qué lío. Además, no vayas de listo. En *Smoke* ya sale eso.

Se despegaron de la pared. A él se le había puesto un gesto enfurruñado como siempre que le echaban un jarro de agua fría. Al fin y al cabo, chicas como aquella las podía encontrar a cientos en Manhattan. Le daba rabia haberle insistido para que leyera el guión. Apretó el paso. Anduvieron un trecho uno junto a otro pero como dos desconocidos. No había refrescado. De los charcos subía un vaho sofocante. Ella empezó a silbar una especie de danzón. Lo hacía muy bien. Ante el portal de un edificio lujoso, él se detuvo.

–Yo me quedo aquí –dijo–. Igual me paso alguna otra noche a ver tu espectáculo. Aunque no creo. El guión tíralo si no te interesa.

–O.K. Allí viene mi autobús.

Se empinó para darle un beso y salió corriendo.

Nada más entrar de la calle, aquel vestíbulo con los ascensores al fondo tenía algo de extraño santuario. Vuelvo a entrar en el templo, se dijo con una sonrisa. Pero no consiguió que le sonara totalmente a burla. Le deslumbraba por los dibujos del suelo, las lámparas picudas y los adornos triangulares de mármol, bronce y espejo que disparaban su imaginación simultáneamente hacia el futuro y el pasado. En alas de aquella geometría dinámica del *art-déco*, le parecía volar rumbo al futuro en la piel de un americano de los años treinta que sueña con Europa, en la piel de su padre, por ejemplo, que ahora cumpliría ochenta si viviera, *back to future*, siempre el cine.

Se tropezó con una joven alta y de pelo corto que llevaba un blusón de colorines. Estaba embarazada.

–Sorry –dijo.

Pero al alzar los ojos hacia ella, vio que sonreía y le estaba interceptando el

paso a propósito. Hizo ademán de sacar un revólver imaginario.

–¡Arriba las manos, Jeremy Drake! De nada te servirá acogerte a sagrado. El FBI te rodea.

–¡Santo cielo, si es María Drake! –repuso él, incorporándose inmediatamente a aquel juego que tanto los unía–. ¿De dónde sales?

–Del lugar del crimen, el mismo punto de peligro adonde acudes tú, insensato forastero. Se ve que has olvidado nuestra vieja máxima: «La ignorancia es muy atrevida», yo también la olvido a diario. Por cierto, ¿no estabas en Cape Code?

–He estado unas semanas, sí, pero a los parientes Drake no los aguanto. Se cobran el hospedaje como pirañas.

Hizo un gesto cordial con la mano para saludar a Antonio, un portorriqueño uniformado que los estaba observando complacido desde un mostrador con motivos florales y reloj empotrado. Entre el ir y venir de las demás figuras, ellos eran protagonistas evidentes de una historia distinta.

–Estaba hasta las narices. Me escapé hace tres días.

–¿Sin dejar ni una carta?

–Una para tía Jessica. ¿Cómo lo sabes? ¿Te ha llamado ella?

–No, simple asociación de ideas, mi querido Watson. Era de esperar.

–¿De esperar? No entiendo. ¿De qué te ríes?

–De cómo se están hoy enredando las cosas. Ahora te lo cuento. Pero dame un beso por lo menos.

Se abrazaron. Eran de la misma estatura. Ella respiró hondo con la cara hundida en el hombro de su chaqueta. Luego se apartó a mirarlo.

–Estás guapo, canalla, y muy moreno.

–Tú también. Pero te prefiero con el pelo largo y menos tripa. ¿Qué tal te encuentras?

–Hecha polvo. Por cierto, no me conviene estar de pie. Invítame a tomar un *bloody mary* en el Hyatt y nos contamos nuestras vidas. Yo es que de dinero ando fatal. ¿Tú?

–Si nadara en la abundancia, no habría aceptado la invitación a Cape Code.

Ella se echó a reír.

–O sea que habíamos venido a lo mismo –dijo–. Al amparo de doña Amparo.

–Más o menos. Y tú sin fruto, por lo que parece.

En el rostro de María se pintó una expresión entre maligna y misteriosa que a él le desazonó un poco. Las adivinanzas propuestas por su hermana siempre le hacían perder pie, aunque estaba acostumbrado a disimularlo.

–Pero no hay que rendirse, mujer, se la convence. Vuelve a subir conmigo y

hacemos frente común. A veces funciona.

–No insistas, *my dear*. Proposición inviable.

–Qué le vamos a hacer. Veo que has reñido con ella.

Hubo un silencio, seguido de suspiro hondo, que podía traslucir preocupación. Al fin María dijo con cierta solemnidad:

–Peor, Jeremy Drake: se ha esfumado. Esa es la cruda realidad. *The lady vanishes*.

–¿Qué dices? –preguntó él con voz alarmada–. ¿Dónde está mamá?

María se encogió de hombros.

–Ha dejado una carta, pero aclara poca cosa. Me gustaría compararla con la tuya a tía Jessica... Supongo que esta lleva más jeroglífico. Y por favor, Jeremy, no me preguntes ya nada porque me estoy desmayando. Recógeme en tus robustos brazos.

Ante la mirada atónita de Antonio, el portero, María Drake cerró los ojos, se tambaleó, y cayó en brazos de su hermano, recién abiertos para recibirla. A Jeremy, responsabilizado de aquella carga, se le puso enseguida gesto de niño desvalido, miró alrededor y agradeció la llegada del portorriqueño, quien se apresuró a abandonar el mostrador y acudir solícito a echar una mano.

–¿Pero qué ha pasado con mi madre, Antonio? –le preguntó a media voz–. ¿Está enferma o algo? ¿Usted cuándo la ha visto por última vez?

–Ayer, cuando pidió una *limousine* y la ayudé a sacar las maletas. Serían las doce del mediodía. Enferma no creo. Simplemente, se ha ido de viaje.

María abrió los ojos al sentir una mano supletoria bajo su nuca.

–Antonio, por favor, no me destripe el cuento, que se lo quiero contar yo.

–O.K., señorita. Perdona, creí que había sufrido un síncope.

María se incorporó sonriendo.

–Qué va, hombre. Era una broma. Pero gracias. –Y luego, dirigiéndose a su hermano, mientras el portero se alejaba sonriendo–: Invítame a esa copa, anda. ¿A que me sigo desmayando bien?

–Sí –dijo él–. Perfecto. Ha servido la toma. ¡Corten!

Había recuperado por completo el aplomo. Cogió a su hermana por el codo y ella se dejaba llevar camino de los ascensores sin hacer preguntas. Vio que él se volvía y decía dirigiéndose a unos ayudantes imaginarios:

–Siguiente secuencia, en el apartamento de la señora Amparo M. Drake, piso treinta y uno, suban los focos por el montacargas.

–Pero ¿y eso? –le preguntó María casi al oído, como dando por supuesto que

no estaban solos—. No sé cómo te aguantan, de verdad. El día menos pensado te quedas sin equipo.

—Ya están acostumbrados. Trabajamos siempre así, a lo que salta, y el guión se va cambiando al hilo de las situaciones imprevistas. ¿O concibes, dime la verdad, una situación más imprevista que la de esta tarde? —contestó él también a media voz, mientras la abrazaba por los hombros.

—Realmente, no —concedió ella—. Entre otras cosas, desde marzo no te veo. ¿Qué tal va tu película?

—En el aire, como siempre. Pero muy bien, ¿no lo estás viendo? De un equipo fantasma no se puede pedir más.

—Pues yo tengo unos líos... Ahora te cuento... Oye, ¿de verdad vamos arriba?

—Claro. ¿Se te ocurre un sitio mejor para estar un rato juntos y contarnos mentiras? Nada de Hyatt, yo hoy el cupo de bares lo tengo lleno, y el bolsillo vacío. Te preparo un cóctel, que mamá siempre tiene bien surtido el templo, y de paso me doy un baño de espuma. Mientras, tú descansas.

Sonrieron mirándose. Parecían dos enamorados.

—No es mala idea. ¿Y luego? —preguntó ella.

—Luego... lo que vaya saliendo. No hay que ajustarse a un diálogo previo. Prisa no tendrás.

—Bueno, sí y no.

—O sea que no.

Estaban llegando casi a los ascensores. Ella se detuvo.

—Espera, jefe —dijo—. La llave hay que pedirla en conserjería. Se la acababa de devolver yo a Antonio, va a pensar que estamos locos.

—Mujer, eso ya lo sabe. ¿Algún otro problema?

—Muchos, sí. Pero ninguno de resolución inmediata.

—Olvídalos, entonces. Conviene que la cámara nos pille relajados.

Querida María, de repente, antes de irme, me acuerdo que había quedado contigo mañana para salir a comprar la cuna del niño nuevo. (Por cierto, la de Caroline no sé por qué tuviste que regalarla, con lo bonita que era, antes de saber seguro si la decisión de no volver a quedarte embarazada era realmente firme o como las tuyas de siempre.) En fin, siento darte un plantón, no suele ser mi estilo. Te he llamado a New Jersey y no ha cogido nadie, ni siquiera teníais puesto el contestador. *Sorry*, María. No tengo tiempo de explicar nada. Y además, no me apetece. El caso es que por una vez no pienso en los demás, y me voy. Ha sido un impulso súbito.

Pero tranquila. Ni tengo un nuevo amante ni se trata de una fuga a la desesperada. Simplemente necesito una bocanada de olvido. No llames a Debra, porque ella no sabe nada. A principios de septiembre, que es cuando se reanuda la temporada, espero haber vuelto, así que no os preocupéis

ninguno. De la operación quedé bien. Me veo un poco rara, pero guapa, y la hinchazón de los párpados ya apenas se nota.

Adiós, María. Cuídate, y no dejes las traducciones.

Un beso a Caroline.

Te quiere, tu madre.

La carta estaba arrugada en el extremo de la cama turca donde María se había tumbado, y un cambio de postura de sus pies descalzos la desplazó e hizo caer al suelo. Jeremy, que venía en albornoz y con el pelo mojado atravesando el enorme *living*, se detuvo ante la puerta abierta del cuartito de costura y contempló la escena mientras un amago de sonrisa dulcificaba su rostro. En contraste con la estricta simetría de rombos y mármoles a que obedecían las demás estancias de aquel apartamento amplio y elegante donde ningún objeto desentonaba, el desorden y la aglomeración del cuartito lo convertían en recodo clandestino de subversión, en escondite y nido. No en vano aquella puerta negra con pomo de cristal se cerraba siempre que había un *party* o una reunión de trabajo, era ley aprendida de antiguo, y cuando mamá mandaba cerrar la puerta del cuartito para que no salieran ruidos ni olores de allí, estaba también cerrando la de su propia alma. Jeremy miró la máquina de coser, una Singer antigua, el maniquí, el enorme pupitre donde los hilos, retales, tijeras y cuadernos convivían armoniosamente, la lámpara de cristalitos, el retrato grande y feo de la abuela, ampliación de una fotografía en tonos sepia con marco dorado sobre terciopelo, los almohadones sobre los que descansaba ahora la cabeza de María. Y por último la carta recién caída al suelo.

En aquel ámbito de labores, juegos y adivinanzas habían estado divagando antes sobre el azar que los reunía allí y sobre otras cuestiones que se fueron desgajando del texto de la carta, un discurso fluido y quebrado al mismo tiempo. Siempre que estaban juntos –cosa que ya no era tan frecuente– se querían deslumbrar uno a otro pero también contemplarse idénticos en el espejo de un arroyo quieto, reflejados en el privilegio de dar la espalda al mundo. Mezclando en coctelera desdén, cinismo, audacia, ingenio y desenfreno, la tormenta artificial arreció sus relámpagos cada vez más lívidos, abocados a la agonía. Hasta que sobrevino el apagón, como era de esperar. Se aburrieron de interrumpirse tanto como de escucharse. Cuando el desafío a las leyes de la gravedad encuentra eco en alguien aquejado por la misma sed, la borrachera conjunta puede ser gloriosa, pero tiene mala resaca en general. María y Jeremy entraron en resaca y acusaron el cansancio repentino que los devolvía desnudos a sus obsesiones privadas, un lecho pedregoso que el otro no podía compartir. Ya

les había pasado otras veces. Fue cuando Jeremy, en vista de que llevaban un rato callados y no parecían tener propósito inmediato alguno, dijo que iba a tomar un baño de espuma.

Ahora su hermana estaba de espaldas al hueco de la puerta, acurrucada sobre la cama turca. Tal vez dormía. Pero, en caso contrario, no mostraba el menor interés en darse por enterada del regreso de Jeremy. En el suelo, junto a la carta y un cenicero con colillas, tenía vacío el vaso donde él antes le trajo un cóctel preparado en la cocina. ¿Antes de qué? ¿De qué habían estado hablando? Empezó a palpar las paredes con los ojos, como buscando un rastro esfumado, y algunas frases colgaban aún del techo y reptaban incompletas por entre los cuadros, cortinas y bibelots, como enhebradas en telas de araña. También se desdibujaban mensajes más antiguos.

Jeremy se quedó inmóvil ante el miedo de que se le escapase la idea. Sería muy sugerente sacar en la película algo de esta índole, también difícil, claro. Y, sin embargo, lo estaba viendo. Del costurero subían fragmentos en espiral hasta el retrato de la abuela Ramona, letras de brillantitos se demoraban en sus orejas, bordeaban las comisuras de la boca, una «o» se le quedó incrustada en el labio inferior, a modo de *piercing*, no se le iba de allí, y él dijo a media voz: ¡Qué moderna eres, abuela, a pesar del moño!, y se rió. Luego bajó los ojos del retrato al cuerpo inerte de María. Ningún eco. Era inútil intentar compartir con ella el nuevo descubrimiento.

María, aunque no dormida del todo, estaba soñando con su niña de ocho años. La veía subida en un cerezo que había crecido en el cuartito de costura. Arrancaba los frutos y se estiraba desde una rama alta para pegarlos en un cuadro que iba pintando en la pared, era cubista, las cerezas despachurradas dejaban una marca de sangre y nube. Bájate, Caroline, que te vas a caer, dijo su madre. No te preocupes, ¿no ves que tiene alas?, le contestó la abuela Ramona, ella puede andar por las ramas de los árboles. A Caroline le gustaban mucho los *graffitti* de Nueva York, como a su padre, un pintor griego algo visionario y sin demasiado futuro del que María estaba separada. Pero la última vez que se vieron para arreglar los papeles del divorcio, la dejó embarazada por segunda vez y ahora las cosas se ponían difíciles. Hacía falta mucho dinero para todo, la juventud rebelde iba quedando lejos y quería mudarse de la casa de New Jersey porque odiaba a los vecinos que la miraban desde sus jardines escuálidos; también odiaba –o eso decía– convertirse en *yuppie*, y Caroline no dejaba de hacer preguntas. Preguntaba sobre todo si eran ricos o pobres. Algo de eso también salía en el sueño. Nosotros somos pobres –decía la abuela Ramona–.

Tenemos nuestras manos y nuestro oficio, yo la aguja y tú el pincel, no te asuste trabajar. Yo me quiero quedar en este cuarto y pintarlo como un vagón de metro, decía Caroline, necesito que venga mi padre, él también es pobre, somos pintores y titiriteros, ponemos un andamio, ¿por qué no viene papá? María tuvo una brusca sacudida, encogió las piernas y se dio la vuelta. Seguía con los ojos cerrados, pero no tenía un gesto sereno.

Jeremy se agachó a recoger la carta de su madre y la desdobló suspirando. Seguro que cuando llamara a la agencia de viajes para reservar en secreto un billete secreto para cierto lugar secreto, habría cerrado los ojos y su rostro sería impenetrable como ahora el de María, todas las mujeres te excluyen cuando cierran los ojos, el mundo queda en sombras, y a él le daba miedo. La tentación de releer la carta e investigar a solas esas zonas de sombra se le antojaba una inmersión temeraria en aguas submarinas. Y, sin embargo, tenía que correr el riesgo.

De repente llamaron al telefonillo interior y se sobrecogió.

–Oye, ¿quién podrá ser?

Pero su hermana, por toda contestación, se cubrió los ojos con el antebrazo y musitó:

–Nosotros también somos pobres, en esta casa estamos de visita.

Entonces, Jeremy, con el corazón alborotado, cruzó corriendo el *living* y salió al vestíbulo. Se le había desabrochado el cinturón del albornoz y por debajo iba desnudo.

–Allo?

Era Antonio, el portero. Quería preguntar si tenían pensado quedarse a dormir en el piso o no. Que Mr. Jeremy disculpara la indiscreción, pero en caso de que se quedaran, él tendría que subir a buscar las llaves, porque a la mañana siguiente muy temprano venían los pintores a repasar el techo de la cocina, eran instrucciones de la señora. Su cabeza no para de maquinarse, incluso cuando huye –pensó Jeremy–, no se le escapa ningún cabo. Y simultáneamente, por contraste, el proyecto de su película se convirtió en una pompa de jabón estrellada contra los adornos picudos del vestíbulo frío y ostentoso. Llovieron reflejos irisados.

–O.K., Antonio –dijo con una voz apagada–. No se preocupe. La llave se la bajamos nosotros. Nos pensamos ir enseguida.

–Era solo para avisarle, compréndalo.

–Lo comprendo. Por cierto, ¿hace mucho rato que subimos?

–Una hora más o menos.

–Gracias, Antonio. Hasta luego.

Volvió despacio al cuartito de costura con la carta en la mano y se quedó de espaldas, absorto, junto a la ventana, la única del apartamento que tenía visillos. Allí enfrente seguía el Vertex, la aguja del Chrysler Building, sesenta metros de altura y casi treinta toneladas de peso. Cuando la izaron a la cima, el padre de Jeremy tenía doce años, y ya vivía en esta ciudad, 1930, fue una ascensión fulminante que apenas duró tres horas, hay recortes de periódico que yo he visto de niño, la aguja esmaltada de conos que encajan unos con otros no se parece a ninguna cima de los rascacielos de la misma época, es un compendio de los estilos que más amo y es mía también ella misma, porque nadie la ha mirado ni soñado con ella tanto como yo; los ojos de Jeremy brillaban al borde del llanto, ¡qué atrevimiento el de Van Alen!, y sobre todo qué época, ballets rusos, *art-déco* de París, expresionismo alemán, diseño utópico, habitaciones que parecen calles y calles que parecen cárceles, mi padre nació un año antes de que se estrenara *El gabinete del doctor Caligari* y cuando apareció *Metrópolis* tenía la edad de Caroline ahora, seguimos bebiendo de lo mismo, padre, es una pena que a ti, crecido al ritmo de los rascacielos, no te interesara el cine ni el arte, solo hacer negocios. Suspiró. Todo tenía que ver con lo mismo, con aquella nostalgia enconada por plasmar en imágenes lo fugaz y lo eterno, por buscar la costura oculta que unifica lo diferente con lo similar. La aguja del Chrysler Building y la de la abuela Ramona habían cosido dos destinos, dos trayectorias desaparejas. ¿Cuándo y por dónde empezó a romperse el tejido?

Abrió hacia arriba una de las hojas de la ventana y asomó el cuerpo. Ya no llovía ni había rastros de tormenta. El cielo se tendía como un toldo artificial para retener el vaho de los anuncios multicolores.

—Anochece otra vez sobre Lexington Avenue —susurró, mientras cerraba la ventana.

Y supo que su madre se le había perdido en ese viaje al que nunca le llevaría con ella. Dio la luz de la lámpara de pie y se puso a releer la carta.

Querida María, de repente, antes de irme...

Querida María. María, por favor... María, *darling*...

A María la espabiló el contacto de un cuerpo contra el suyo y el rumor de ciertas palabras cuyo sentido no alcanzaba a descifrar. Pero respondió al abrazo complacida. Jeremy ya se había despojado del albornoz y estaba en vaqueros con el torso desnudo. Olía a la colonia que usaba Ralph, el último amante de mamá, pobre Ralph. Había muerto de neumonía el invierno anterior.

–Mamá se contradice, ¿sabes, María?, si se ha ido donde pensamos, se contradice. O tal vez nos engaña.

Ella emitió un ruido nasal que podía tomarse como petición desganada de aclaraciones o simple incomprensión. Al fin consiguió abrir los ojos.

–¿Qué hora es? –preguntó mimosa.

–No sé, perla. Pero hay que irse, nos desahucian.

–¿Quién nos desahucia?

–¡Qué pregunta! La vida. Nos ha creado enfermos y nos pide conservar la mente sana para reflejar la enfermedad. Y encima hay que pagarle cada mes. Es nuestra arrendataria.

María bostezó.

–Perdona, no te sigo. Me estalla la cabeza y tengo ardor de estómago. El médico me ha prohibido fumar, beber y no me acuerdo qué más.

Jeremy la besó cerca de la oreja.

–¿No sería hablar con tu hermano?

–¡Por supuesto! Eso lo primero.

–Entonces, si sigues creyendo en el diablo, como sería tu obligación, ¡vaya noche de castigos que te espera!

María se sentó en la cama y buscó a tientas las sandalias.

–El castigo mayor es el de tener que recoger a Caroline en casa de una vecina chismosa y puritana, que para mayor inri a la niña le cae bien. Y eso sin contar con que tengo dieciocho dólares por toda fortuna. ¿Sigues sin poderme ayudar?

–No, *darling*. Las cosas han cambiado espectacularmente en el curso de los últimos diez minutos. Mira.

Jeremy, sonriente, se había sentado a estilo moruno a los pies de la cama turca y, tras desplazar el cenicero y el vaso, extendió sobre la moqueta entre su hermana y él varios montones de dólares arrugados que iba sacando de los bolsillos del pantalón vaquero. Ella se dejó caer también al suelo y se echó a reír a carcajadas. Hurgaba en los billetes, estrujándolos, cogiéndolos a puñados y volviendo a dejarlos caer; se había hecho de día en su cara. Parecía Caroline subida en el cerezo.

–¡Hurra, Jeremy! Es como en el cine. ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo lo has conseguido?

–Simplemente enriqueciendo el guión. He estado dándole muchas vueltas mientras dormías. Como sabes, es una escena que se ha visto muchas veces en el cine, pero siempre después de atracar un banco. Me pareció atrevido sacarla de

esos raíles. Toma, aquí salen otros dos de cien, ¡cómo me gusta verte contenta! Vamos a darnos prisa para no volver a caer en picado.

–¡No hay nadie como tú! –se exaltó ella, mientras le abrazaba de rodillas sobre los billetes arrugados–. Es un remate de tarde glorioso. Pero dime la verdad, ¿ha habido robo propiamente dicho?

–No, mujer, una exploración rápida y venial por dos armarios de ropa de invierno. Ya sabes que ella siempre se deja olvidado dinero en bolsillos de abrigos y chaquetas y también cuando cambia de bolso. De esas cremalleras interiores sale mucho. Pero, la verdad, el yacimiento más fructífero ha sido *El gran Gatsby*, me acordé de repente, la novela de Fitzgerald. Se me ha resistido un poco, hizo falta la escalera. La tiene en el estante más alto de la biblioteca.

–¡No me digas! ¿Sigue metiendo dinero allí dentro?

–Ya lo creo. ¡Menudo filón!

–¿Y lo has cogido todo?

–Quinientos, hay que ser comedidos. Tenía mil cien. Pero seguro que ni se acordará. Venga, vamos a repartir. Lo importante es que te guste la escena. ¿Verdad que no desentona?

–En absoluto. Es un *gag* genial.

–Me alegro de que sepas apreciarlo –dijo Jeremy, mientras contaban el dinero y lo iban apartando en montoncitos–. Siempre lo he dicho: no se atreven. Se creen originales, pero no se atreven. Elaboran los argumentos por ordenador, previo estudio de las expectativas de mercado, y no pueden evitar que el conjunto destile moralina trivial. En una escena como esta, si se les hubiera ocurrido, acabaría llegando la policía.

–¡Ni la nombres! Vámonos volando.

–Sí, nos conviene. Pero no solo por la policía. Aquí, en cuanto te descuidas, estalla una tormenta rara.

Se pusieron de pie. Habían tocado a seiscientos diez. De repente volvían a estar serios. Jeremy le alargó la carta para que la guardara con el dinero. Ella le vio ponerse la camisa y reparó en su gesto ensimismado.

–Oye, antes, cuando me desperté, decías algo de mamá, me parece.

Jeremy se encogió de hombros.

–No me acuerdo. Déjalo.

–Sí te acuerdas. Te acuerdas siempre de todo. ¿Qué decías?

–Bueno, que se engaña creyendo que va a encontrar una bocanada de olvido en el lugar adonde se dirige. O tal vez no se engaña, lo sabe. Es un viaje suicida.

–No sabemos dónde está, Jeremy, ¡qué testarudo eres! Siempre ha asegurado

que allí no volvería, y ni siquiera a papá lo llevó nunca.

–Da igual. Ahora ha querido volver. Para qué, no lo sabemos ni puede que lo sepa ella misma. Pero ha vuelto allí. Hay un detalle pequeño aunque no despreciable. A ver si lo adivinas.

María se quedó pensativa.

–¿De tiempo o de espacio?

–De tiempo.

–Me doy por vencida.

–La semana que viene es su cumpleaños. ¿No te acordabas?

–No. ¡Es verdad! ¿Y crees que necesita revisar el pasado como la señora de tu película?

–Claro, está copiando mi argumento. Se lo he contado varias veces, en versiones distintas...

–Bueno, eso ya se supone, tratándose de ti –interrumpió María.

–Da lo mismo, ella entiende de qué va. No me ha querido financiar la película, pero la está copiando. En fin, gracias a eso servirá para algo, ¿no te parece?, porque sin salir de la cabeza se pudren los inventos.

Jeremy esperó la respuesta de su hermana con ojos implorantes, pero ella miró disimuladamente el reloj.

–A mí tampoco me quiere ya financiar nada. Dice que tenemos que aprender a arreglárnoslas solos. Y seguramente tiene razón. ¿Nos vamos?

–Cuando quieras.

–Espérame. Voy un momento al baño.

Cuando se quedó solo, Jeremy se acercó por última vez a mirar la calle. Ya era de noche por completo, y Lexington Avenue le pareció un decorado de cartón piedra. Le daba pereza bajar a transitarlo. Y de repente, al imaginar a su madre paseando por las calles de un lugar desconocido, se le cruzó Florita con su boina de perlé y sus respuestas descaradas y pensó en ella como en el fantasma más lejano de todos, una pura abstracción.

Le sobraban imágenes para su película. Pero le faltaba la fe de los demás.

Cuando Florita se bajó del autobús, anduvo un rato perdida por calles que no había visto nunca, pero tardó en darse cuenta. El laberinto de aquel texto raro que había venido leyendo a saltos, entre absorta y ansiosa de salida, la retenía aún como un mal sueño. La cámara iba siguiendo sus pasos vacilantes a través de edificios en ruinas, calles retorcidas, estaciones de tren sin servicio, hoteles

vacíos, sombríos pasadizos. Y una voz de mujer llovía dentro de ella palabras que iban desplazando su propio pensamiento. Avanzó todavía bastante rato sin preguntarse por dónde iba, al ritmo de aquella lluvia incesante y queda del monólogo que parecía no empapar pero dejaba el cuerpo aterido.

El tropezón con un mendigo viejo, posiblemente borracho, que venía en dirección contraria la hizo reaccionar y salir de su aturdimiento; ya era casi de noche y se había bajado dos paradas después de la suya. Al caer en la cuenta, se irritó contra sí misma y se puso a hablar sola, entre dientes, mientras apretaba el paso con la sed de llegar a zonas más pobladas.

Tú estás demente, Florita, chica, se te voló el acuerdo, ha sido como un viaje de ácido, menos mal que ya pasó.

Reconoció una calle que desembocaba en el Soho. Un poco más allá, se miró en la cristalera de un café, por detrás de la cual había gente hablando. Y se sintió arropada por aquellos gestos que servían de telón de fondo a su silueta joven con la boina y las trencitas. Se puso a tararear una habanera antigua de su espectáculo donde se hablaba de una barca a la luz de la luna. Las calles se iban animando. Ni los balcones estaban rotos ni bajaban de ellos planeando paracaídas minúsculos con mensajes que se arrodillaba a leer con gesto casi religioso aquella mujer de la película, todo a cámara lenta, y con predominio de un decorado que tan pronto era interior como exterior. Se insistía mucho en eso. Podría parecer a ratos el pasillo de una casa de donde se han ido todos; el asfalto se muda en baldosines, los miradores en armarios, las farolas en percheros, y ella habla al vacío, nunca recibe contestación de nadie porque no hay nadie.

Florita, a quien desprenderse de la piel de aquella mujer había avivado su deseo de réplica, siguió hablando para sí misma: Y eso es lo malo, que no hay nadie, por ahí falla la cosa, solo una tía andando o parándose o arrodillándose, páginas y páginas de lo mismo, no es normal, ¿cómo puede no tropezarse con nadie?, por las calles pasa gente, mucha o poca, pero pasa, a no ser que haya estallado la bomba atómica, y esa gente habla o empuja o está escondida y sale a dar un susto, o lo que sea, ahí ya no me meto. ¿Pero todo el rato la mujer sola?, ni Florita Moreno ni Gena Rowlands; no se resiste, por mucha expresión corporal que le echemos, que yo le bailo si quiere hasta un charlestón, pero que no, ya digo... ¿Quién le va a financiar semejante película? Está loco, es una historia sin pies ni cabeza, ni siquiera se puede llamar historia. Y lo raro es que el condenado engancha, igual que cuando explica las cosas más absurdas, tiene algo, ¿qué tiene? Eso es lo que no entiendo.

Le gustaba oír su propia voz, recuperarla, como sus movimientos libres y

sensuales. Respiró con alivio. Ya estaba circulando por calles conocidas, llenas de tiendas y bares conocidos. Miró la hora; llegaba a tiempo para la función. Sus pasos se fueron haciendo más lentos y perezosos, estaba animado el barrio.

Gente –se dijo–, lo que hay que añadir a ese argumento es gente. Y descargarlo todo de obsesión. La vida no es así, chico, somos muchos. Gente que vaya contando también sus historias, aunque queden a medias, eso da igual, un choque de historias.

De pronto pensó que le gustaría discutirlo con él, no se pasaba mal hablando con él, pero le salió la vena práctica y se acordó de lo fríamente que se habían despedido. Bueno, la culpa la había tenido ella. Pero mejor así. Era un chico de los que traen problemas, eso seguro.

Ya le faltaban solo dos manzanas para llegar al teatrillo donde la noche anterior se habían conocido, habían cambiado luego unas palabras y Jeremy insistió para que se tomaran una copa juntos por el Village. Enseguida le empezó a hablar de la película y no paró hasta arrancarle una cita para la tarde siguiente. Florita había aceptado sobre todo porque andaba de pelea con Norberto, aunque a punto de hacer las paces. Norberto ahora estaría impaciente, y con ganas de bronca, pero a la noche se arreglaría todo, después de la función.

Al pasar junto a una papelería, sacó el guión con intención de tirarlo, pero algo la detuvo. Al fin y al cabo –meditó–, no lo he leído entero. Y se puede arreglar. No es que me piense meter a guionista, pero nunca se sabe. Igual luego lo siento.

Volvió a guardarlo en el bolso. En la primera página ponía: *La calle del Olvido (variaciones sobre un tema de J. D.)*.

Edición en formato digital: abril de 2017

© Herederos de Carmen Martín Gaité, 2008

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2008
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3804-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es